

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRAFICA

5

A. VIZUETE



CADA OVEJA CON SU PAREJA

POR ANNA Q. NILSSON, NORMAN KERRY

JAMES KIRKWOOD ETC.

N.º 40

30 cts.

*La Novela Femenina  
Cinematográfica*

*Publicación semanal de asuntos de películas.*

*Redacción y Administración:  
Diputación, 292. - Barcelona*

*Año I*

*Núm. 40*

THE MAN FROM HOME  
*CADA OVEJA* 1922  
*CON SU PAREJA*

*Sugestiva producción americana,  
en la que pueden admirarse magníficos  
panoramas de Sorrento, Capri y Tivoli.*

*interpretada por la gentil  
ANNA Q. NILSSON,  
el galán tan popular  
NORMAN KERRY  
y el gran actor  
JAMES KIRKWOOD*

—  
*Paramount Pictures Corporation*  
—  
*Exclusiva de SELECCINE S. A.*

## Cada oveja con su pareja

.....

### Argumento de la película

.....

Los periódicos de Kokomo, pequeña ciudad de los Estados Unidos, publicaron esta noticia:

*La señorita Genoveva Simpson ha regresado de Indianópolis, en donde estuvo de compras antes de emprender un viaje a Europa. Ayer fueron a saludar a la bella viajera varias de sus amigas con objeto de admirar las últimas creaciones de la moda que ha traído de Indianópolis. El Club Campestre ofrece un baile esta noche en honor de la señorita Simpson.*

Cuando el viejo Simpson se fué al otro mundo, dejó una gran fortuna y dos hijos: Genoveva y Horacio.

Daniel Pike, el abogado de más fama de Kokomo, tenía por principal ocupación en la tierra el cuidado de Genoveva y de su fortuna. El viejo Simpson le había nombrado tutor de su hija.

Alrededor de las diez de la noche, el Círculo Campestre era una ascua de luz. Todo lo más selecto de la ciudad se había reunido para agasajar a Genoveva. ¡Qué feliz era la mu-

chacha! Iba a efectuar su sueño dorado, visitar las aristocráticas ciudades del Antiguo Continente, copiar la elegancia y la suntuosidad de la rancia nobleza europea, relacionarse con gentes de ilustre estirpe.

Daniel, por el contrario, asistía a la fiesta con cierta melancolía. Poco a poco se había ido enamorando de la belleza graciosa de Genoveva, hasta adorarla con todo su corazón. Ella parecía corresponderle y ya las noticias de sociedad hablaban de que, probablemente, antes de salir para Europa, se anunciaría el compromiso de Genoveva Simpson con "uno de nuestros ciudadanos más distinguidos", el abogado Pike.

La fiesta se hallaba en su apogeo. Maudie, la novia de Horacio, acercándose a Genoveva, le dijo:

—¡Oh, Genoveva! ¡No sería muy romántico que se enamorase de tí un duque o un príncipe, durante tu permanencia en Europa?

Pike, que había escuchado con desagrado estas palabras, se apresuró a contestar:

—Eso son tonterías. No hay cuidado de que Genoveva se enamore de un príncipe o de un duque... Genoveva se conforma con un compatriota.

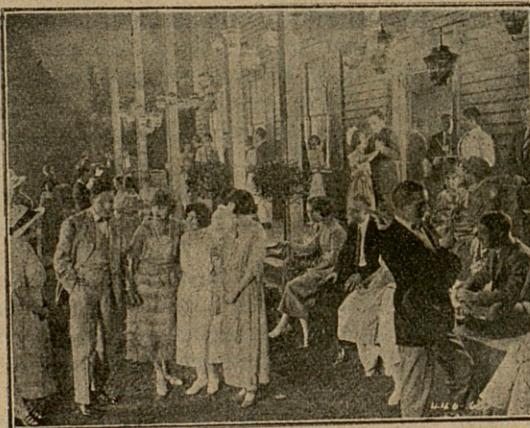
Y como ellas enmudecieran sorprendidas:

—Habláis, algunas veces—continuó—, como si no se pudiese encontrar un buen novio más que en Europa... Os estaría muy bien empleado que todos los muchachos de Kokoma se casasen con muchachas de Indianópolis...

—Pero, Daniel...

—Escucha, Maudie; sería preferible que en vez de murmurar te fijaras en aquella chica peruana que te "birlará" a tu Horacio.

Maudie se levantó rápidamente, extendiendo su mirada por el salón. Vió a su Horacio en agradable compañía con la peruana y sintió la llamita de los celos. Y le faltó tiempo



—Habláis, algunas veces, como si no se pudiese encontrar un buen novio más que en Europa.

para ir a él y apartarle de la supuesta rival.

Más tarde, al quedar a solas con Genoveva, Daniel suspiró:

—Mañana a estas horas estarás lejos de mí... ¡Cuánto te voy a echar de menos!

Viéndoles juntos, en aquel adiós de amor, uno de los invitados, hombre viejo y cargado de experiencia, murmuró al oído de un amigo suyo:

—Si Pike no anda con cuidado, va a perder a Genoveva cuando esté entre reyes y príncipes en Europa.

—No lo creas. No hay nadie capaz de robarle a Daniel el amor de la mujer querida. Si no... al tiempo...

Había llegado la hora de partir. Genoveva despidióse de todos sus amigos y, acompañada de Daniel, marchó en automóvil hacia su palacio.

Estaban ya en la finea. El abogado sentía su alma llena de tristeza. Genoveva fué distraídamente al piano.

—¿No quieres cantarme por última vez la romanza "Dulce Genoveva"? — suplicó Daniel. — Cuando esté sin ti, la cantaré yo para recordarte.

¡Era tan hermosa la noche! Daniel hubiera querido que durase siempre... Pero ¡ay! dentro de unas horas, aquella mujer adorada partiría hacia países lejanos.

El tiempo se deslizó rápidamente en la suave atmósfera de Italia. ¡Cuidado que había distancia de Kokomo a las románticas laderas del Vesubio! Genoveva y Horacio vivían en Sorrento, en un viejo hotel siempre ocupado por una abigarrada sociedad cosmopolita; y no era extraño que Genoveva perdiere la cabeza por completo en aquellos pintorescos y

poéticos lugares cuando el Príncipe Kinsillo le declaró su amor. Vivía como asombrada en aquella tierra de luz, donde todo: el paisaje, el mar, las manchas brillantes de los atardeceres, todo, en fin, era como un himno a la vida.

El príncipe Kinsillo era un personaje algo misterioso que, acompañado de su padre y



*La muchacha abrió el piano y entonó la canción.*

hermana, llevaba varios meses hospedándose en el mismo hotel que Genoveva. Elegante, pre-suntuoso, tipo de verdadero petimetre, se creía irresistible. Era de un país extranjero, noble que, al decir de las gentes, vivía en una esca-

sez verdaderamente penosa y soñaba con un matrimonio que le permitiera robustecer sus caudales exhaustos. Creían los otros huéspedes que se trataba de una de tantas historias de aristócratas arruinados que sin otro título que sus permaginos deseaban una unión con alguna familia americana, cargada de dinero, que quisiera comprar la ostentación de una corona de príncipe.

Genoveva, durante los primeros tiempos, pareció guardar cuidadosamente el recuerdo de Daniel, pero ante las insistencias y los galanteos del príncipe, sintióse seducida por este enamorado de tan ilustre rango.

Paseaba aquella mañana acompañada del príncipe por una de las terrazas que miran al mar y desde las que se divisa un panorama incomparable.

—Este es nuestro árbol genealógico—le dijo Kinsillo mostrándole un voluminoso libro—. Cuando sea usted mi princesa, el nombre de Simpson estará inserto en él, entre la flor de la nobleza.

Genoveva hojeó el libro y aunque le pareció un jeroglífico todo aquello, contestó:

—Espero que sabré hacerme digna de tan grande honor.

—¡Oh, desde luego, Genoveva!... Con unos cuantos meses más al lado de mi hermana, nadie creerá que usted es americana.

Entretanto, en la terraza del hotel, platicaban Horacio y el padre y la hermana del príncipe.

¡Con qué gusto veía el padre del príncipe aquella unión! Claro está que había que arreglar antes un asuntillo de dinero. Nada... Se trataba de que Genoveva aportase como dote medio millón de dólares...

Horacio escuchaba sin asombrarse, como si el hablar de aquella manera fuese la cosa más lógica del mundo.



*...sintióse seducida por este enamorado de tan ilustre rango.*

La hija intervino para reforzar el argumento:

—¿Usted sabe, Horacio, lo que significa emparentar con un noble? Claro que aquí en Europa se discutiría bastante al tratar de una dote de 500.000 dólares. Pero usted se echa a

reír y dice sencillamente: "Aquí los tienen ustedes." ¡Oh, son ustedes inmensos los americanos!

Horacio reconocía, complacido, que los nobles tenían razón. Sí, para ellos representaba poco aquella cantidad a cambio del honor de formar parte de una familia tan ilustre. Además, él ya había comunicado a Kokomo aquel asunto.

—Hemos escrito a nuestro apoderado, señor Pike, y de seguro que se va a morir de sorpresa cuando se entere de este compromiso. Ese es el tutor que ha de arreglar la cuestión del dinero...

Cuando Horacio se marchó, la hermana del príncipe exclamó con una sonrisa triunfadora:

—¡Estos americanos son célebres! Serían capaces de dar cualquier cosa por emparentar con la aristocracia... ¡Menos mal que pagan bien el capricho!

\* \* \*

Faustina, huérfana de un humilde pescador de Sorrento, vivía sola en la casita en que murieron sus padres, y se dedicaba a vender flores a los turistas. Era extraordinariamente coqueta, y aun cuando tenía novio, admitía de buen grado las galanterías del príncipe Kinsillo.

Antes de que Genoveva llegase a Sorrento, el príncipe, para entretenér sus ocios, coqueteaba con esta pescadora, hermosa napolitana, de ojos y corazón de fuego.

Faustina vió al príncipe acompañado de Genoveva y sin que ésta se diese cuenta, echó a los pies del noble una linda flor al propio tiempo que le sonreía, pero poca gracia le hizo al príncipe esa demostración cariñosa que podía comprometerle ante la americana. Quería romper definitivamente con la humilde.

Llegó entonces Horacio, y Kinsillo se despidió de los dos hermanos.

Al verle marchar, tan elegante y apuesto, ella sonrió con orgullo:

—¿Qué te parece, Horacio?

—Parece imposible que seamos de Kokomo... Dentro de poco, hablando de ti, podré decir "mi hermana la princesa".

Estaban contentos, orgullosos de aquella relación. Ahí era nada emparentar con un príncipe, con una de las más excelsas familias de Europa. ¡Qué ojos de envidia abrirían las muchachas de Kokomo al saberlo! ¡Y el pobre Daniel? ¡Bah! ya se contentaría con alguna muchacha del pueblo. Ahora lo interesante era que arreglase los asuntos de modo que Genoveva pudiera disponer de los 500.000 dólares como dote que entregaría al casarse... ¡No valía un título así, toda una fortuna!

A la sazón, en Kokomo, Daniel Pike triunfaba en las elecciones de senadores.

—Has tenido una mayoría de 600 votos sin contar los de color. Ya ves si te queremos en Kokomo—le dijeron.

—Procuraré hacerme digno de vuestra confianza.

Cuando sus amigos le dejaron solo, Daniel fué a leer su correspondencia. Al reconocer en uno de los sobres la letra de Genoveva, su alma vibró alegremente. ¿Qué le diría su novia adorada? Contento, satisfecho de su triunfo, puso en el fonógrafo la placa de "Dulce Genoveva" y el suave canto le hizo recordar los venturosos tiempos.

Abrió la carta y su semblante volvióse repentinamente lívido. La leyó por segunda vez como si dudase de lo que estaba escrito:

*Querido Daniel: El príncipe Kinsillo, cuya familia data de hace más de 700 años, ha pedido mi mano. Horacio te escribirá acerca del asunto de la dote. No dudo que pronto me olvidarás y hallarás una muchacha más digna que yo entre las jóvenes del pueblo. Esa joven que escojas por novia, lucirá un traje sencillo de muselina y te esperará en el portal a la hora del crepúsculo.*

Desvaneciéronse las esperanzas, las ilusiones de formar su hogar, y el fonógrafo paró su canción que ahora parecía sarcástica y cruel.

Acongojado, Daniel leyó también la carta de Horacio en que le hablaba de intereses, y tomó una decisión rápida.

—Me voy a Europa. He de salvar a Genoveva.

Pero volvimos al hotel de Sorrento. Por la noche hablaban, en uno de los jardines, Genoveva y María, la hermana del príncipe. Vestía ésta un elegante traje de seda y sobre la

esbelta garganta lucía un collar de gruesas perlas.

—No le había visto hasta hoy esas perlas tan hermosas—dijo Genoveva.

—Me las he puesto por última vez. Han pertenecido a la familia durante 700 años, pero mañana me veré obligada a deshacerme de ellas.

—Por qué?

Ella hizo un gesto trágico.

—Si usted supiera... Resulta dolorosísimo ser de tan noble alcurnia y verse importunada constantemente por acreedores plebeyos.

Genoveva sintióse inundada de compasión.  
¡Oh, esos nobles de Europa que van arrastrando su glorioso pasado, careciendo de medios de fortuna!

—Como voy a emparentar con usted—pronunció—, supongo que no se ofenderá si me ofrezco a comprar su collar... Me da pena que salga de la familia una joya como ésta.

—¡Oh, gracias, gracias!... Pero... que no lo sepa papá... porque no me perdonaría si supiese que he perdido las perlas de la familia.

—Descuide, María.

Al papá le importaba poco lo que hiciesen los dos hijos. Estaba bien seguro de la habilidad de los dos.

Mientras tanto, en la corte de un reino lejano, el monarca sentía la necesidad de descansar y se disponía a emprender de incógnito un viaje a Italia.

Escondida entre las murallas de roca, al pie

de la terraza de Sorrento, estaba la casita de Faustina, la florista. En el mismo barrio de pescadores, vivía su novio Pietro, que la visitaba todos los días al volver de las faenas del mar.

Trémulo de ilusión, Pietro, antes de subir a la casita de su novia, compró a una vendedora ambulante unos sencillos pendientes.

—Te gustan?—le dijo presentándole el regalo.

Faustina sentía cierto desdén hacia su enamorado. Prefería a su príncipe...

—Sí...

—Verdad que son preciosos?

—No te he dicho que sí? ¡Cuántas vecesquieres que lo repita?

—Faustina, ¿por qué me tratas de este modo?... ¡He hecho algo que te haya molestado?

—Estoy cansada de tus melosierías... ¿Por qué no me riñas alguna vez?

—Por qué he de refiarte, chiquilla, si te quiero más que a mi propia vida?

—Estoy cansada de oírte, Pietro; déjame en paz.

—Está bien, Faustina, puesto que me desprecias, me voy.

—Vete, y no vuelvas, hombre antipático...

Sentía odio en su corazón, odio contra el príncipe que parecía abandonarla, y no teniendo contra quien luchar, pagaba las culpas el pescador enamorado.

En el hotel, un secretario de embajada anunció al dueño que dentro de pocas horas

S. M. llegaría de incógnito.

Por la carretera de Nápoles, el automóvil que conducía a S. M. había sufrido una *panne*. Llevaba ya largo tiempo de reparación sin que hubiese sido posible ponerlo en marcha, cuando acertó a pasar otro automóvil que se detuvo junto al averiado.

—¿Necesita usted que le dé una mano?—dijo el que lo guiaba que no era otro que Daniel Pike, que se dirigía a Sorrento.

—Si fuese usted tan amable que quisiera dar una ojeada—contestó el Rey.

—Para mí los automóviles no tienen secretos... Y es natural, porque el primer automóvil se construyó en mi pueblo. ¿No lo sabía usted?

Mutuamente se presentaron. El monarca, que deseaba guardar el incógnito, dijo que era “doctor” y que iba a Nápoles a restablecer su salud.

El automóvil real había sufrido tales desperfectos que fué necesario remolcarlo atándolo al coche de Daniel. El monarca continuó el viaje en el *auto* del abogado y bien pronto una franca amistad se estableció entre ellos.

—Yo no cambiaría el asilo de Kokomo por el mejor palacio de Europa. Un hombre como usted debería liar el petate y marcharse a América.

Y el “doctor”, tocándose suavemente la barilla, respondió:

—¡Quién sabe si algún día tendré que hacerlo!

Cuando llegaron al hotel, el “doctor” ordenó a sus servidores:

—Subid el equipaje de mi amigo americano a mis habitaciones. Mientras esté aquí será mi compañero.

\*\*

Aquel día se encontraba preocupadísimo el padre del príncipe Kinsillo. El dueño del hotel había querido desalojarle de la habitación porque llevaba seis meses sin pagar el hospedaje. Su situación, la apariencia de su rango, comenzaban a ser insostenibles.

—Tienes que espabilarte—habíale dicho a su hija—. A ver si le sacas dinero a la muchacha americana.

—Hoy creo que me pagará el collar de perlas.

—Pues procura que no se retrase, porque nos van a echar.

En la playa comentaban Genoveva y Horacio la falta de noticias de América:

—Hace un mes que le escribí a Daniel. Me sorprende que no haya contestado todavía.

—Supongo que la noticia le dolería mucho. ¡Como no se le ocurra venir!... No me sorprendería, porque estaba muy enamorado de ti.

—Pues mira, Horacio, si viniera, creo que no me atrevería a presentarlo al príncipe. Es tan rústico.

Mientras así hablaban los dos hermanos, ignorando que Daniel se encontraba ya en Sorrento, éste y el “doctor” se disponían a comer en la terraza, sucediéndose durante el al-

muerzo varios incidentes cómicos por no comprender Daniel el italiano.

—Quiero huevos con jamón—pidió.

Y como no le hacían caso Daniel dibujó en un papel una gallina y unos cuantos huevos.  
—¡Ah sí!—dijo el camarero.

Y al poco rato volvió con un cartón que entregó al abogado.

—Pero... ¿qué me da usted? Usted sabe lo que significa esto, "Doctor".

El "doctor" reía de muy buena gana, divertido del lance.

—Esto es un billete de entrada para una pelea de gallos. Han creído, al ver su dibujo, que deseaba usted asistir a una lucha.

—Válgame Dios! Voy a la cocina a enseñarles a estos italianos cómo se hacen los huevos con jamón.

Y fué efectivamente a la cocina y armó allí el gran escándalo ante los pinches que creyeron que aquel señor se había vuelto loco.

Daniel recobraba su buen humor. Estaba dispuesto a vencer en la partida para recobrar el amor de Genoveva. ¡Bah! El sabía lo que eran esos caza-dotes de Europa, cargados de miseria.

—En este hotel—dijo, al finalizar la comida, a su amigo—, hay un par de jóvenes que se van a volver locos al verme.

—¡Qué ordinarios son estos americanos!—comentó la familia Kinsillo que estaba en una mesa contigua.

Daniel se despidió de su amigo, dispuesto

a dar una vuelta y buscar después a los dos hermanos. En la calle vió como dos mujeres peleaban denodadamente mezclando los golpes con los insultos. Eran Faustina y otra mujer que por causa del príncipe sostenían un verdadero combate. El apuesto Kinsillo, que se encontraba en la puerta de un "bar", había dirigido ciertas sonrisas a una vendedora, lo que observado por Faustina provocó en ella una violenta explosión de celos.

—¡Vaya sangre la de aquí! — comentó el abogado.

De regreso al hotel, encontró a Genoveva y Horacio:

—He venido—les dijo—, aprovechando un billete económico para turistas... ¿Dónde está ese principillo?... Que salga... que quiero verle.

—Ya tenían aquí a Daniel! ¡Lo que temían! Pero estaban dispuestos a defenderse.

—Tu opinión acerca del príncipe me importa poco. Estoy decidida a casarme con él y a vivir en el castillo de sus antepasados.

—¡Ah! ¿pero tienen castillo?

—Sí, fíjate.

Y le señaló una isla que se dibujaba en lontananza...

—Me harás el favor de arreglar la cuestión del dinero con el padre del príncipe y de regresar en seguida a Kokomo, sin importunar a mi futuro esposo con mezquinos detalles—añadió Genoveva.

—¿Mezquinos detalles? Me parece que debo velar por la defensa de tus intereses.

—Si fuese un hombre de gran mundo, sabrías que para contraer matrimonio con un noble, tengo antes que entregar mi dote...

—¿Cuánto?...

—500.000 dólares.

—¡Caramba! Debes quererle una barbaridad cuando piensas hacerle un regalo tan espléndido... Y el príncipe, ¿qué dice a todo esto?

—El príncipe no tiene nada que ver en este asunto—dijo Horacio—. La cuestión de intereses fué convenida entre su padre y yo.

—Claro. Y cuando el príncipe se enterará se indignará de lo que ha hecho su papaíto, ¡verdad?

—¡Estás insoportable!

Pasó en aquel momento el padre del príncipe, a quien presentaron a Daniel. Este le sonrió tan burlonamente, estrechándole la mano con tal violencia, que el noble le miró indignado de pies a cabeza, y con un ¡hasta luego! muy seco se despidió.

—¿Por qué has hecho esto?—dijo Genoveva—. Lo has echado todo a perder.

—Ya veo que me miras como a un pobre abogado de pueblo. Puede que lo sea, pero te aseguro que sabré cumplir con mi deber de tutor, quieras o no.

Nerviosa, Genoveva movía con sus manos el collar, regalo de la princesa. En un ademán brusco, el hilo que sujetaba las perlas se rompió, cayendo todas al suelo.

—¡El regalo de la princesa! Una joya mag-

nífica que ha estado en poder de la familia—lamentóse profundamente.

Daniel recogió las perlas y examinándolas con atención, dijo:

—¿Cuánto dinero diste a cambio del *regalito*?

Y sonriendo las envolvió cuidadosamente en un papel, guardándolas en su bolsillo, encargándose de componer el collar.

Llegó el príncipe y le fué presentado. ¡Poco a poco conocía Daniel a toda la familia!

El noble, muy a disgusto de Daniel, galanteó en su presencia a Genoveva, y luego, para simpatizar con el tutor, le dirigió algunas palabras.

—Supongo que su pupila le habrá enterado a usted de que he decidido honrarla con el título de princesa Kinsillo.

—Sí, ya lo sé... Pero me parece que su distinguido padre se ha quedado corto pidiendo a Genoveva la miseria de 500.000 dólares para usted.

—¡Caballero!—exclamó el noble.

Y, volviendo desdeñosamente la espalda a Daniel, se alejó, al tiempo que éste, irónico, le decía a Genoveva, indignándola:

—¡Medio millón de dólares para *eso*! ¿Cuánto darías tú por un hombre de verdad?

Siempre sonriente, como el que está convenido de vencer en una empresa, dejó Daniel a Genoveva furiosa por lo ocurrido.

Se encaminó hacia el lugar donde aun reparaban el *auto* del “doctor” y llevado de su

afición a la mecánica se puso a trabajar en el coche. En esto se hallaba cuando llegaron el padre del príncipe y Horacio.

—Señor Pike — le dijo el viejo, sin más preámbulos—. Esperamos que apreciará usted el honor que le hacemos a su pupila. Vamos a hacer de ella toda una princesa.

—Sí... mediante el pago de 500.000 dólares.

—Supongo que vendrá usted dispuesto a arreglar este asunto.

—Lo siento, pero sin estar Genoveva presente, no puedo discutir esto. Lléguese hasta la cocina y tráigame unos trapos para limpiar el auto.

—¡Insolente!... Pero ya entrará usted en razón...

Daniel tenía bien tomadas sus medidas. Al siguiente día, en la barca de Pietro, fué a la isla donde estaba el castillo de los Kinsillos. Volvió más alegre que nunca. Sabía a qué atenerse en lo sucesivo...

A aquella misma hora paseaban en coche el príncipe y Genoveva, cuando una mujer se echó desesperada ante los caballos. Era Faustina, que, ante el desprecio cada vez mayor del príncipe, había buscado este medio para acercarse a él.

—Ven a verme esta tarde—le susurró al oído—; quiero que hablamos... aunque sea por última vez...

Genoveva, que se había apeado del coche, se acercó:

—¿Se ha hecho usted daño?

Faustina la miró con el más profundo odio. ¡Cómo odiaba a su rival! Pero, disimulando, respondió:

—No ha sido nada... Gracias..

El príncipe Kinsillo, dispuesto a terminar con aquella aventura que podía comprometerle seriamente, dirigióse por la tarde a casa de Faustina. Estaba ya cansado de que ella le espiase por doquier, y quería acabar con todo.

Faustina tenía forjado su plan, un plan trágico, de muerte. La sangre napolitana bullía en sus venas y sus manos acariciaban un puñal que la vengaría del príncipe.

Le recibió zalamera, colgándose a sus brazos:

—¡Mi príncipe, mi adorado!

Le besó. Quiso comunicarle toda la fiebre que ardía en ella.

El noble no sabía cómo comenzar.

—Faustina. Has de ser razonable. Tú no puedes querer que continúe lo imposible. Debes casarte con Pietro y no acordarte más de mí.

—Sí, me hago cargo de todo. Pero bebe... bebe mucho...

Bebieron un vino negro y ardiente de aquella tierra sensual. Faustina ocultaba el fino puñal. Y de pronto, abrazándose al príncipe furiosamente, quiso clavarle la brillante hoja. El noble, ágil y preavido, pudo desasirse de ella no sin sentir el contacto del puñal en su espalda. Pero sólo penetró ligeramente.

—Ah, maldita!

Fué una lucha breve y mortal. El príncipe, para defenderse, hirió mortalmente a Faustina. Cayó ésta sobre un diván, exánime. Kinsillo, limpiándose en la pared su mano ensangrentada, huyó horrorizado.

Un minuto después llegó Pietro, que, optimista por haber tenido una buena pesca, estaba dispuesto a reconciliarse con Faustina.

Cuando vió el espectáculo sangriento, enloqueció: ¡Faustina! ¡Faustina!

Una risa sardónica le agitaba. Parecía que se eclipsase su razón.

Daniel, con aire triunfador fué al encuentro de Genoveva.

—He hecho una visita a ese castillo ancestral que te ha sorbido el seso. Y tengo que comunicarte que no existe tal castillo ni cosa que se le parezca. Es un viejo convento donde viven retirados unos cuantos monjes.

—No es posible.

—Quizás con otra prueba te convencerás de qué clase de personas son estos nobles.

Dirigióse a la habitación que ocupaba en el hotel e hizo penetrar en la misma a un señor elegantemente vestido.

—Este caballero—indicó—es joyero. Me hará usted el obsequio de examinar la legitimidad de estas perlas—dijo mostrándole el collar que había guardado en otra ocasión.

El joyero, después de largo rato de examen, contestó:

—Siento decírselo, caballero, pero estas perlas son falsas, aunque están muy bien imi-

tadas.

—Me lo figuraba, señor. ¿Te convences ahora, Genoveva?

Ella, pálida, pareció dudar un momento, pero reaccionó:

—Nada ni nadie podrá alterar mi plan. He dado mi palabra al príncipe y él no tiene la culpa de lo que ocurre.

—Pero, ingenua, ¿no adivinas que te explotan? ¿No ves el juego? ¿Qué haremos para convencerte de que te rodea la farsa?

Al día siguiente, Pietro, loco de dolor, con el cadáver de su desgraciada novia en brazos, vagaba por la playa.

Ante aquel cuadro trágico, los demás pescadores avisaron a los *carabinieri*. Estos, viendo el estado incoherente de Pietro y sus manos llenas de sangre, no dudaron de que él era el asesino. Lo condujeron a la comisaría, pero, aprovechando un momento de distracción, logró escapar perseguido muy de cerca por la policía. Desorientado, sintiendo que estaban a punto de darle alcance, saltó la verja del hotel internándose por sus jardines, hasta que fué a dar precisamente en el sitio donde se encontraba Daniel Pike que intentaba poner en marcha el automóvil de su amigo el “doctor”.

Arrodillándose ante el americano, suplicó el infeliz:

—Señor, me acusan de haber dado muerte a mi novia. ¡Y no es verdad, porque la amaba con toda mi alma!

Daniel conocía a Pietro de haberlo acompañado al supuesto castillo ancestral de los nobles. Una repentina compasión se apoderó de su alma.

—¡Corra, ocúltense usted debajo del *auto*! Y cuando llegaron los *carabinieri*, Daniel aseguró muy formalmente que no había visto al perseguido, y al preguntarle éstos quién era



*Pietro, loco de dolor, con el cadáver de su desgraciada novia en brazos, vagaba por la playa.*

el hombre escondido bajo el *auto*, les contestó que era el *chauffeur* del “doctor”.

—Pues se ha ocultado aquí—dijo uno de los agentes—. Yo le he visto entrar. Hay que registrar los jardines.

Y marcharon a continuar su investigación. El “doctor” había aparecido, atraído por aquel revuelo singular.

—¿Qué ocurre?

—Persiguen a un pobre diablo por un delito que estoy seguro que no ha cometido. Lo tengo escondido debajo de su *auto*.

—¡Caramba! ¿Se da usted cuenta del riesgo a que se expone ocultando a un criminal?

—Yo no—respondió con flema Daniel—. Yo no corro ningún riesgo. Les he dicho que era un *chauffeur* de usted.

Salió Pietro de su escondite y Daniel y el “doctor”, compadecidos de su situación, acordaron ocultarle unas horas en sus habitaciones.

Todas estas maniobras habían sido observadas por el padre y la hermana del príncipe que se encontraban en el mismo jardín.

—¿De modo que sirviendo de encubridor a un criminal?... Me parece que ahora es cuando tenemos en nuestras manos a este americano. Ya verás como estará más manso que un cordero y firmará el convenio sin rechistar. Si no...

El príncipe había comunicado a Genoveva que no podía montar a caballo aquella mañana...

—Ayer me di un golpe muy fuerte en la espalda.

Se resentía efectivamente de la pequeña herida que el día anterior le había causado la florista.

Ya en sus habitaciones, Daniel, después de haber escondido en un cuarto a Pietro, oyó que llamaban a la puerta. Quedó sorprendido al ver aparecer al padre del príncipe.

Pero recobrando su buen humor:

—¡Oh, mi ilustre y elegante amigo! ¿Qué le trae a usted por aquí?

—Tengo que hablarle de algo grave. ¿No sabe usted que en Italia el ocultar a un criminal cuesta dos años de presidio?

Daniel comprendió que aquel hombre venía en plan de *chantage*.

—Muchas gracias por la advertencia.

—Los presidios italianos son muy poco confortables, señor.

—¡Caramba! ¡Qué bien enterado está usted? De modo que son poco confortables los presidios italianos, ¿eh?

—Sí y el hotel está rodeado de policías y ni siquiera un extranjero puede escapar — continuó, apoyando estas últimas palabras.

—Vaya, vaya...

—A menos que... ese extranjero esté dispuesto a ser razonable con su pupila—prosiguió.

—¿Y si no está dispuesto?

—Entonces... tendrá que conformarse con dos años de presidio para usted y para su amigo el “doctor” que ocupa esta habitación.

Meditó un instante el abogado y respondió:

—Si usted con toda su honorable familia, se digna presentarse aquí dentro de una hora, le daré la contestación.

—No faltaremos.

Al quedar solo, Daniel salió a la terraza y abstraído en sus meditaciones una arruga de preocupación surcó su frente. ¡Ah, qué armas empleaban estos *nobles*! Tendría que resignarse a consentir la entrega de los 500.000 dó-



...una arruga de preocupación surcó la frente de Daniel.

lares? Porque aquella gente tenía ahora contra él un arma formidable, y luego... había comprometido sin ninguna culpa al “doctor”.

Su amigo se reunió con él.

—Doctor, las cosas se están complicando... Sería prudente que se alejase usted de aquí, yo ya veré cómo me las arreglo.

—No, no me voy. Tengo que hacer una revelación de importancia que aclarará la situación. Venga usted.

Así pasó una hora. Daniel Pike esperaba con la sonrisa en los labios a la familia noble. Iba a tener la entrevista decisiva.

Llegaron Genoveva y Horacio y el padre y los dos hijos de la familia Kinsillo.

—Este viejo repulsivo—comenzó Daniel señalando al padre del príncipe—ha visto cómo ocultaba yo a un infeliz. Y ahora se vale de eso para obligarme a que dé mi consentimiento en el asunto de la boda de Genoveva.

El aludido sonreía cónicamente.

—Pero prefiero pasarme no dos años sino toda la vida en un presidio, antes que entregaros a la hija de Bill Simpson... Llamad a la policía si queréis.

Genoveva era noble. ¡Oh, aquella acción no podía consentirse! Y acercándose al príncipe suplicó:

—Supongo que no consentirá usted que su padre haga semejante cosa.

—A mí—respondió con la mayor tranquilidad el elegante mozo—, me parece que papá ha dado prueba de ser un hombre muy listo al valerse de esta argucia para hacer entrar en razón al señor Pike.

Ante aquellas descarnadas palabras, todo lo que había de generoso en el corazón de la jo-

ven se sublevó:

—Es usted un ser repugnante y su proceder me obliga a denunciar públicamente que su hija me robó 10.000 dólares a cambio de un collar falso.

Kinsillo, sin inmutarse, respondió:

—Vamos, vamos, no hay que ponerse así... Todo se arreglará. Si cree usted que se debe descontar lo de las perlas, no vamos a reñir por unos cuantos dólares.

—¡Miserable!—exclamó Genoveva—. Retiro la promesa de matrimonio que le hice. Esta humillación ya no se puede aguantar.

Viéndose perdido, el padre del príncipe salió precipitadamente, volviendo a los pocos momentos con los *carabinieri*.

—Aquí se esconde el criminal.

Pero Daniel, tranquilo y sereno, señalando al príncipe, exclamó:

—¡Este es el asesino que ustedes buscan!

Abrióse la puertecilla de escape apareciendo el “doctor” y Pietro.

—Este caballero—continuó Daniel—, puede decir algo que interese a la policía acerca del crimen.

—¡Arrestad a ese hombre!—rugió el viejo. Es el cómplice del encubridor; él le ha ayudado a ocultar al criminal.

—¡Príncipe, por Dios! Otra vez, cuando hable de su Rey y esté él delante, tenga más cuidado—dijo el “doctor”.

—El rey! ¡El rey de su país! ¡Qué significaba aquello?

—Vamos, “doctor”, dígales quién es V. M.— suplicó Daniel.

Y el monarca lo aclaró todo:

—Para salvar a mi buen amigo, voy a deshacer el incógnito. Ayer tarde, después de la puesta de sol, me encontraba en la terraza, cuando topé con un hombre que al parecer huía velozmente. El choque fué tan brusco que dejó entre mis manos un pañuelo y un trozo de tela... No pude verle el rostro, pero al examinar el pañuelo descubrí en él la cifra de los Kinsillo que estos señores usan indebidamente... El auténtico príncipe Kinsillo es un caballero y un buen súbdito y amigo mío...

Genoveva y Horacio se miraban con asombro. ¡Dios mío! Con qué gente habían tratado!

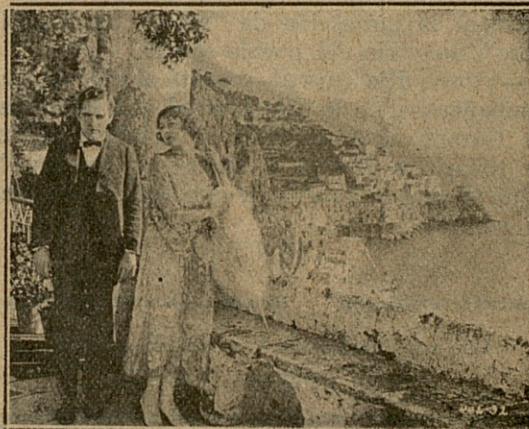
—Sí, estos señores—dijo Daniel—, son unos vulgares aventureros que ostentando un título que no les corresponde van a la caza de las millonarias, deslumbradas por los imaginarios blasones. Pero aun hay más... ¿Ven ustedes esta americana?—Y mostró una pieza desgarrada y manchada de sangre—. La hemos encontrado en las habitaciones del príncipe. Las huellas digitales del pañuelo y de la americana coinciden con las de la mano ensangrentada que hemos visto en la pared de la casita de Faustina.

Pietro quiso lanzarse furioso contra el autor de la muerte de su novia. Pero ya la policía había puesto las manos sobre el falso príncipe y éste, junto con su padre y hermana,

iban a dar cuenta a la justicia de cuanto llevaban hecho.

—Daniel nos ha tomado el pelo—murmuró Horacio a Genoveva—. Mientras nosotros nos dejábamos engañar por unos príncipes de pacotilla, él hacía amistad con un Rey de veras.

—Gracias, señor—dijo Daniel al monarca al despedirse—. Espero que si algún día se deci-



*—He sido vanidosa y me considero indigna de mirarte a la cara.*

de V. M. a ir a América, no dejará de hacer una visita a Kokomo.

Unos minutos después, en el jardín, Genoveva pedía perdón a Daniel:

*—He sido una vanidosa y me considero indigna de mirarte a la cara. Cuando regreses*

a Kokomo, encontrarás allí alguna muchacha que te hará feliz.

—Me parece que la muchacha que pueda hacerme a mí feliz no está en Kokomo.

Y se miraron... Y el amor brilló en sus ojos.

\* \* \*

Algún tiempo después, regresaban Daniel y Genoveva, ya casados, a Kokomo. En la estación, viendo algunas cajas de sombreros que llevaban la indicación de "señora de Daniel Pike", un viejo del pueblo sonrió.

—¿No le dije a usted—musitó al oído de un compañero—, no le dije a usted que no había en Europa ningún duque ni príncipe capaz de robarle a Daniel el amor de Genoveva? ¡Qué verdad es aquello de que *cada oveja con su pareja!*

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

*Con esta novela exija la postal-obsequio de  
JACKIE COOGAN (Chiquilín)*

Compre usted el número 5 de  
AYER Y HOY

que contiene un interesantísimo  
sumario

[76 páginas!      ¡40 céntimos!]

200

362

